

Arzobispos y obispos agustinos en Filipinas

RESUMEN

En este artículo presento a los lectores unas notas biográficas de los más importantes pastores que la Orden de San Agustín tuvo en el Archipiélago Filipino. Desde la llegada de los misioneros agustinos, pioneros en la evangelización de estas vastas regiones orientales, poco a poco se fue extendiendo y consolidando la Iglesia, a la par que su organización territorial, similar a la española, y basada en la creación del primer arzobispado y después en varias diócesis a medida que el número de cristianos fue creciendo. Algunas de estas tempranas demarcaciones eclesiásticas estuvieron en el pasado regidas por prelados agustinos, cuyos pontificados fue extraordinario en todos los aspectos: pastoral, cultural y espiritual.

PALABRAS CLAVE: Agustinos, Filipinas, diócesis, islas, misioneros

ABSTRACT

In this article I present to readers some biographical notes of the most important pastors that the Order of St. Augustine had in the Philippine Archipelago. Since the arrival of the Augustinian missionaries, pioneers in the evangelization of these vast eastern regions, the Church was gradually expanding and consolidating, while its territorial organization, similar to that of Spain, and based on the creation of the first archbishopric and then in several dioceses as the number of christians grew. Some of these early ecclesiastical demarcations were in the past ruled by Augustinian prelates, whose pontificates were in all cases extraordinary in all aspects: pastoral, cultural and spiritual.

KEY WORDS: Augustinians, Philippines, diócesis, islands, missionaries

INTRODUCCIÓN. LOS ORÍGENES

Una de las características más destacadas de las Filipinas españolas fue la importancia que tuvieron las órdenes religiosas en la vida y en la organización del archipiélago, probablemente mayor que en cualquier otro territorio integrado en el imperio español. Esa relevancia se debió, por una parte, a la trascendencia que se le dio a la evangelización dentro del proyecto colonizador de Filipinas y, por otro lado, a las múltiples funciones que asumieron los misioneros como representantes de la administración dada la escasez de funcionarios y su exigua extensión por el archipiélago. Desde el primer momento de la colonización se señaló que uno de los objetivos de la presencia española en el archipiélago debía ser la cristianización de sus habitantes. Cuando, en 1565, Felipe II decidió enviar a Filipinas una expedición comandada por Miguel López de Legazpi, a fin de consolidar el asentamiento español en las islas, subrayó que “lo más principal que su majestad pretende es el aumento de nuestra santa fe católica y la salvación de las almas de aquellos infieles, para lo cual, en cualquier parte que pobléis deberéis tener particular cuidado de ayudar a los religiosos”.

Por ello, frailes agustinos acompañaron a los primeros conquistadores militares, y las órdenes religiosas se convirtieron, desde el principio, en un elemento esencial de aquella empresa. A partir de entonces se asentaron en Filipinas cinco órdenes principales que se distribuyeron por distintas áreas geográficas, étnicas y lingüísticas. Los agustinos (1565) se extendieron por Manila, Pampanga, Ilocos y Batangas, en la isla Luzón, y por parte de las Islas Visayas. Los franciscanos (1578) se expandieron por los alrededores de Manila, Laguna de Bay y Camarines, también en Luzón. Los jesuitas (1581) se establecieron en Cebú, Bohol, Negros, Panay, Leyte y Samar, en Visayas; en 1768 fueron obligados a dejar las islas, durante su expulsión de todos los territorios españoles, pero se les autorizó a regresar en 1859, asentándose en Manila y en la isla de Mindanao. Los dominicos (1587) se ocuparon de Cagayán, partes de Bataan y Pangasinan, en el centro y norte de Luzón, responsabilizándose, además, de la evangelización de la población china presente en las islas. Los recoletos de San Agustín (1606) se establecieron en zonas de difícil acceso y

en islas sin presencia española: en Mindanao, en zonas de Visayas no colonizadas, en Zambales, Batán, Pangasinan y Palawan. En 1641 arribaron los Hospitalarios de San Juan de Dios para colaborar en la asistencia a los enfermos, y años después se añadirían otras congregaciones menores. Así, en los trescientos treinta y tres años que duró la administración española de Filipinas, pasaron por las islas más de diez mil misioneros. Además, se creó un arzobispado en Manila y tres obispados en Cebú, Nueva Segovia y Nueva Cáceres, a los que en 1865 se añadiría Jaro, aunque el clero secular fue siempre mucho más reducido, en número y en funciones, que los miembros de las órdenes religiosas¹.

ARCHIDIÓCESIS Y DIÓCESIS EN FILIPINAS

Archidiócesis de Manila

Fue erigida por el Papa en 1576, y en 1578, el rey Felipe II presentó para su primer obispo a Domingo de Salazar, dominico, el que con las bulas en su poder fue consagrado en la ciudad de México en 1579. Dos años más tarde Salazar llegó a Manila y acto seguido pasó a fundar dicha diócesis, que seguía siendo sufragánea de la de la ciudad de México, según bula de Gregorio XIII del 6 de febrero de 1578.

La primera iglesia-catedral de Manila comenzaría a edificarse de materiales más fuertes en 1581, siendo como el resto de los edificios de Manila, de tabla, caña y nipa, sin bien, muy pronto, según mandato del gobernador general, Santiago de Vera, comenzaría a construirse de materiales más fuertes. Todo marcharía bien durante años, desafiándose arzobispos y miembros del cabildo en dotarla de todo lo mejor, movidos por el afán de competir con las mejores iglesias de órdenes religiosas.

Los sueños terminaron en desilusión y llanto, pues el terremoto de 1645 echó por tierra el edificio de la catedral, así como otros muchos templos y viviendas. Reconstruida la catedral con ayuda de la

¹ Cf. ELIZALDE, M^a D., «Las órdenes religiosas en Filipinas», en *Sociedad Geográfica Española* 61 (2018) 30-39.

Corona² y por iniciativa del arzobispo Miguel Poblete, por segunda vez el terremoto de 3 de junio de 1864 derrumbó el edificio, sepultando entre sus escombros a muchos miembros del cabildo, que en la tarde de mencionado día 3 estaban celebrando las Vísperas solemnes del Corpus Christi. Una tercera catedral, inaugurada por el arzobispo dominico Pedro Payo, 1876-1889, fue igualmente demolida en la batalla de liberación de Manila en 1945. La iglesia catedral que hoy existe fue levantada por el arzobispo, más tarde cardenal, Rufino J. Santos.

Muy pronto el arzobispo Salazar comprendió que la extensión de la diócesis que gobernaba, todas las islas en este caso, llevaba consigo un cúmulo de dificultades por la imposibilidad de regentarla y, sobre todo, visitarla. Desde el primer momento, Salazar pensó en la necesidad inmediata de crear nuevas diócesis, elevando a este efecto la sede de Manila a rango de arzobispado y dándole como sufragáneas otras dos o tres diócesis.

A finales de 1591 el obispo Salazar salió de Filipinas para España con el propósito de informar a Felipe II del estado de las islas Filipinas y pedir lo que él creía conveniente para su mejor gobierno y administración, tanto en el orden temporal como en el espiritual.

El Consejo de Indias estudió con ponderada detención la propuesta del obispo Salazar y sin mayores divagaciones comprendió que era justa la petición de elevar la sede de Manila a metropolitana, haciéndola al mismo tiempo independiente de la ciudad de México, y subordinar a Manila otras tres diócesis sufragáneas³. Felipe II consideró acertada la recomendación del Consejo de Indias, y así, en su carta al embajador en Roma, mandaba a éste, que recibido su despacho, suplicara a Su Santidad de su parte, tuviera a bien erigir en metropolitana la iglesia catedral de Manila, dándole como sufragáneos los siguientes obispados: Nueva Segovia, en la provincia de Cagayán,

² ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (AGI), FILIPINAS, 337, L. 20, F. 117R -117V. Carta acordada del Consejo de Indias al virrey de Nueva España, recordándole las resoluciones del rey del 5 de septiembre de 1777 y 6 de febrero de 1782, en que se previno la remisión de caudales a Filipinas para la reedificación de la catedral de Manila y pago de sus deudas.

³ AGI, FILIPINAS, 293, N. 5. Se trata de una nota extraída del Archivo del Consejo, donde se menciona la creación de las tres diócesis.

en la isla de Luzón; otro en la ciudad de Nueva Cáceres, en tierra de Camarines, en la misma isla de Luzón; y el tercero en la ciudad del Santísimo Nombre, Cebú, en la isla de este nombre, bajo la advocación del Santo Ángel Custodio.

El 14 de agosto de 1595, el papa Clemente XV, por breve dado en Roma, aprobó la erección de Manila como sede arzobispal, dándole al mismo tiempo como sufragáneas a las referidas diócesis. El 30 de agosto el Papa nombró como primer arzobispo de Manila al franciscano Ignacio de Santibáñez, el que apenas pudo desempeñar acto alguno en el tiempo de su gobierno, pues moriría al poco tiempo de tomar posesión de la archidiócesis.

Los prelados que gobernaron la diócesis-archidiócesis de Manila desde 1576 hasta 1898, fueron veinticinco.

Diócesis de Cebú

La diócesis de Cebú fue creada el 14 de agosto de 1595, y su primer obispo fue Pedro Agurto, agustino, criollo mexicano. La extensión de esta diócesis era la más amplia de las cuatro que llegarían a existir en Filipinas. Comprendía todas las Islas de Visayas o Pintados, Mindanao y las Islas Marianas, conocidas vulgarmente por las Islas de los Ladrones. De ahí que muy pocas veces sus obispos lograron hacer la prescrita visita a sus diócesis, debido en gran parte al extensión de sus límites, no echando tampoco en olvido las correrías que en las provincias de Visayas protagonizaron los moros⁴, joloes y camucones, las más de las veces confabulados con los naturales de Borneo, que siempre mantuvieron sus lanzas en alto contra todo lo español y religioso, por considerar que España les había desplazado del dominio que tenían en Filipinas. En ocasiones fueron ayudados en estas visitas por clérigos de órdenes religiosas⁵.

⁴ AGI, FILIPINAS, 338, L. 23, F 41R- 42R. Real Cédula al regente y oidores de la Audiencia de Manila instruyéndoles de lo representado por el obispo de Nueva Cáceres, acerca de los males que causan los moros de Mindanao.

⁵ *Ibíd.*, F. 17V- 19V. Real Cédula al gobernador de Filipinas para que se dé al obispo de Cebú los auxilios que necesite para concluir la visita a su diócesis. Año 1799.

Por los que respecta a la construcción de la catedral, se llegarían a librar de la Real Hacienda Pública hasta 6.000 pesos al año con el fin de acometer la fábrica del templo⁶, cuya finalización sufriría gran demora en el tiempo.

Diócesis de Nueva Cáceres o Camarines

Esta diócesis fue creada en la misma fecha que la de Cebú, el 14 de agosto de 1595. Su primer obispo fue Luis Maldonado, franciscano, que no llegó a tomar posesión por haber fallecido con anterioridad.

El total de obispos que gobernaron esta diócesis fue de 27⁷, el último de los cuales, el agustino Arsenio del Campo, se vio obligado a abandonarla por motivos graves de salud apenas comenzaran las hostilidades hispano-americanas.

Los límites de las diócesis de Nueva Cáceres eran los de las actuales provincias civiles de Quezón, Camarines Norte, Camarines Sur, Albay y Sorsogón, más las islas de Catanduaes, Masbate, Burias y Ticao.

Diócesis de Nueva Segovia

Fundada en la misma data que las anteriores, su primer obispo fue el dominico Miguel de Benavides, más tarde segundo arzobispo de Manila. Inicialmente la sede estuvo en Cal – loc (Cagayán de Luzón), pero por estar mejor situada a todos los efectos en la ciudad de Vigan, conocida en los primeros tiempos como Villa Fernandina, hoy capital de la provincia de Ilocos Sur, Fernando VI autorizó su traslado a la referida ciudad de Vigan el 7 de septiembre de 1758.

Ya en 1762, gracias a la diligencia y esfuerzos del obispo Bernardo de Ustáriz, la ciudad pasó a ser la sede de Nueva Segovia. Fueron los obispos Juan Ruiz de San Agustín, agustino recoleto, y Pedro Agustín

⁶ AGI, FILIPINAS, 179, N.15. Carta de la Audiencia de Manila sobre la catedral de Cebú. Año 1735.

⁷ AGI, FILIPINAS, 1032, N.1,2,3,4,5,6,7,8,9,10,11,12,13. Todos estos documentos contienen información sobre los nombramientos de los obispos de Nueva Cáceres (Francisco Madeira, Juan Antonio Órbigo, Domingo Collantes...).

Blaquier⁸, los que gastaron ilusión y dinero para dar un buen empuje a la nueva catedral de materiales fuertes y dignos⁹.

La diócesis comprendía las actuales provincias de Tarlac, Pangasinán, Ilocos Norte, Ilocos Sur y todo el valle de Cagayán de Luzón.

Diócesis de Jaro

Esta diócesis, situada en la isla de Panay, una de las Visayas, fue desmembrada de la del Cebú a petición de la reina Isabel II, el día 17 de enero de 1865, y erigida como tal por el papa Pío IX, el 27 de mayo de 1865, bajo la advocación de Santa Isabel.

Su primer obispo fue el dominico Mariano Cuartero, que tomó posesión de su sede el año 1868 y que en cuanto a la catedral poco tuvo que hacer, pues para estos oficios, los agustinos le ofrecieron su espaciosa y bonita iglesia de Jaro, dándoles como permuta el obispo la parroquia de San José, en la ciudad de Iloilo, iglesia que tuvieron que levantar los nuevos párrocos.

Sus límites eran las provincias de Iloilo, Cápiz, Antique, islas Calamines, isla de Negros, Zamboanga y Nueva Guipúzcoa¹⁰.

DATOS DE LAS PROVINCIAS DE CADA DIÓCESIS EN VÍSPERAS DE LA PÉRDIDA DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS, 1896¹¹

Arzobispado de Manila

Provincias	Párrocos	Coadjutores	Religiosos	Parroquias	Cristianos	Bautismos hijos de cristianos
Manila	9	4	14	10	144.692	5.986

⁸ AGI, 1029, N. 16. Provisión del Obispado de Nueva Segovia en Pedro Balquier.

⁹ AGI, MP/FILIPINAS, 132. Plano de la catedral de Nueva Segovia, en Vigan.

¹⁰ Cf. RODRÍGUEZ, I., «Filipinas: La organización de la Iglesia», en BORGES, P. (dir.), *Historia de la Iglesia de Hispanoamérica y Filipinas*, vol. II, BAC - Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo, Madrid 1992, 705-709.

¹¹ APAF (ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIA AGUSTINIANA DE FILIPINAS, sede en Valladolid), caja 221, carpeta 2, c.

Provincias	Párrocos	Coadjutores	Religiosos	Parroquias	Cristianos	Bautismos hijos de cristianos
Batangas	10	2	12	11	212.005	10.198
Bulacán	18	1	20	18	186.376	9.838
Nueva Écija	11	---	11	11	109.767	6.194
Pampanga	21	5	26	22	233.923	11.075
Tarlac	3	---	3	4	43.123	2.219

Obispado de Nueva Segovia

Provincias y distritos	Párrocos	Misioneros	Religiosos	Parroquias	Misiones	Cristianos
Ilocos Norte	11	---	13	14	---	147.227
Ilocos Sur	11	---	13	11	---	106.902
La Unión	12	---	12	12	---	109.081
Abra	5	1	9	7	2	32.386
Tiagán	---	2	2	---	2	2.135
Lepanto	---	5	5	---	5	2.375
Bontoc	---	4	4	---	4	327
Quiangán	---	2	2	---	2	91
Benguet	---	3	4	---	3	1.944
Amburayán	---	3	3	---	3	266
Cabugaoán	---	1	1	---	1	---

Obispado de Cebú

Provincias y distritos	Párrocos	Coadjutores	Religiosos	Parroquias	Misiones	Cristianos
Cebú	17	4	21	17	---	254.896

Obispado de Jaro

Provincias y distritos	Párrocos	Coadjutores	Religiosos	Parroquias	Misiones	Cristianos
Iloilo	31	5	37	31	---	347.861
Distr. Concepción	6	---	6	7	---	39.513
Cádiz	13	4	17	13	---	103.766
Antique	15	3	18	17	---	119.356

ARZOBISPOS Y OBISPOS AGUSTINOS EN FILIPINAS

Un documento¹² que se conserva en el Archivo Histórico de la Provincia Agustiniense de Filipinas, con sede en el Real Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid (España), nos da una relación muy detallada de los frailes agustinos que rigieron las diócesis citadas. Mencionada información es la que ofrezco acto seguido.

Arzobispos de Manila

Fr. Diego de Herrera, primer obispo electo en 1575.

Fr. Miguel García Serrano 1620-1629¹³.

Fr. Hernando Guerrero, 1635-1641.

Fr. Hilarión Díez, 1827-1829.

Fr. José Seguí, 1830-1845.

Fr. José Aranguren (recoleta) 1847-1862.

Obispos de Cebú

Fr. Pedro Agurto, primer obispo de esta diócesis 1595-1608.

Fr. Pedro Arce, 1610-1645.

Fr. Sebastián de Foronda, administrador de la diócesis, 1724-1728.

Fr. Joaquín Encabo de la Virgen de Sopetrán (recoleta), 1804-1818.

Fr. Santos Gómez Marañón, 1830-1840.

Obispos de Nueva Cáceres

Fr. Francisco Ortega (no tomó posesión), 1600-1601.

Fr. Baltasar de Covarrubias, 1604 (trasladado a Michoacán).

Fr. Diego de Guevara, 1616-1621.

Fr. Francisco Zamudio, 1633-1639.

Fr. Nicolás de Zaldívar (no fue consagrado), gobernó 1642-1646.

Fr. Manuel Grijalvo, 1848-1861.

Fr. Casimiro Herrero, 1881-1886.

¹² APAF, caja 1056, carpeta 1.

¹³ Año de inicio y de fin de su ministerio episcopal. A partir de Fr. Miguel García, todos son arzobispos.

Obispos de Nueva Segovia

Fr. Miguel García Serrano (después arzobispo de Manila), 1616 - 1618.

Fr. Fernando Guerrero (después arzobispo de Manila), 1628-1635.

Fr. Facundo Mesaguer (electo), 1765-1766.

Fr. Juan Manuel Ruiz de San Agustín (recoleta), 1784-1796.

Fr. Agustín Pedro Blaquier, 1801-1801.

Fr. Vicente Barreiro, 1849-1846

Fr. Juan José Aragonés, 1865-1872.

Fr. Mariano Cuartero del Pilar (recoleta), 1874-1887.

Obispos de Jaro

Fr. Andrés Ferrero de San José (recoleta), 1898-1903.

Fr. Leandro Arrué (recoleta), 1885-1897.

Obispos de otras regiones pertenecientes a la Provincia de Agustinos Calzados de Filipinas

Fr. Pedro Solier, obispo de Puerto Rico y Arzobispo de Santo Domingo, 1614-1620.

Fr. Álvaro de Benavente, obispo de Ascalón, primer vicario apostólico de Kiansi, 1696-1709.

DATOS BIOGRÁFICOS DE OBISPOS AGUSTINOS EN FILIPINAS

Archidiócesis de Manila¹⁴

Fr. Miguel García Serrano

Nació en Chinchón, Madrid y por aquel entonces arzobispado de Toledo. Ingresó en el noviciado en el convento San Agustín de Ágreda, donde profesó de votos solemnes en el año 1592. A los dos años de profesar consiguió facultad para pasar a Filipinas, llegando a Manila en compañía de otros catorce religiosos en el mes de junio de 1595.

¹⁴ APAF, caja 1056, carpeta 1, a.

Concluidos sus estudios en la provincia de Manila, le destinaron a la provincia de Pampanga. Allí administró sucesivamente desde 1600 hasta 1605 los pueblos de Apalit y Bacalor, siendo uno de los misioneros más distinguidos por sus tareas apostólicas.

Sus hermanos de hábito creyeron que sería más útil en otros oficios donde su acción no estuviera reducida a un solo pueblo, y a tal efecto le nombraron secretario de la Provincia, prior del convento del Santo Niño de Cebú, y en 1608, prior de Manila, elevándole al concluir el trienio a prior provincial. Muy satisfechos quedaron todos durante su gobierno, y creyéndole adornado de cualidades convenientes para cualquier otro puesto por lo elevado que fuese, le dieron la comisión de representar a la Provincia en el capítulo general que debía celebrarse en Roma, como definidor general, honrándole con el cargo de comisario-procurador cerca de su Majestad Católica en España.

A los dos años, el rey Felipe III le presentó para obispo de Nueva Segovia, por muerte de Fr. Diego Soria, cuya elección tuvo por muy acertada el Papa, quien el preconizó en el mes de junio de 1616.

Salió de España para su obispado dirección a México, donde fue consagrado, e inmediatamente después continuó su viaje hasta Manila donde llegó en el mes de junio de 1617. Solo dos años gobernó la diócesis de Nueva Segovia, pues el 1 de agosto de 1619 tomó posesión del arzobispado de Manila, para el que había sido propuesto por el rey el 7 de julio de 1617 y promovido por el papa Pablo V el 12 de febrero de 1618.

Con suma rapidez fue recorriendo los grados de la jerarquía eclesiástica, proceso lógico si se tiene en cuenta la ciencia y relevantes virtudes de las que se hallaba adornado este obispo. Predicaba a tiempo y a destiempo, rogaba, argumentaba, reprendía con la autoridad de pastor pero con la caridad de padre, daba sabias lecciones al clero y a las personas ilustradas y gozaba instruyendo a los pobres e ignorantes, a quienes socorría con cuantiosas limosnas. Mucho gastó en la instalación de las religiosas de Santa Clara que llegaron y se establecieron en Manila durante su gobierno, y hallaron en él un gran protector.

Su celo por el esplendor del culto, la observancia de las leyes y disciplina eclesiástica era admirables. Visitó toda su archidiócesis,

fundó varias capellanías con el fin de tener en la catedral un número digno de clérigos; y para dar más realce a la dignidad episcopal, obtuvo un Breve de Urbano VIII para que se observase en Manila uno de los concilios mexicanos que establecía que se sujetaban a la visita diocesana todos los regulares que administraban parroquias y misiones.

Se distinguió de un modo especial en la devoción al Santísimo Sacramento, ante el cual pasaba horas enteras en profunda meditación. Consiguio que citado Papa le concediese, en atención a que el tiempo en el que se celebraba la solemnidad del Corpus en Filipinas era tiempo de lluvias, trasladar esta solemnidad¹⁵ en todas las islas a otro mes más oportuno; pero esta disposición no llegó a verificarse. Él mismo recogería muchas limosnas para construir una preciosa custodia que le robaron en diciembre de 1628, siendo inútiles todos los esfuerzos y pesquisas que se hicieron para averiguar su paradero y el autor del hurto. Tanto le afectó este suceso, que mandó que inmediatamente que se hiciesen procesiones y rogativas, donde él iba con la cabeza cubierta de ceniza, una soga al cuello y los pies descalzos. De él se apoderó tal tristeza y melancolía, que tuvo por conveniente retirarse al convento de San Francisco del Monte, pasando los días abstraído de toda conversación humana, entregándose a severísimos ayunos, vistiéndose con un cilicio, durmiendo en el suelo y no comiendo más que hortalizas. Poco a poco su salud se fue debilitando.

Volvió a Manila, donde moriría el día del Corpus, 14 de junio de 1629. Al pasar la procesión por delante de su palacio, se hincó de rodillas en la cama, y dirigiendo amorosos coloquios al Señor dijo: “Allá voy Señor”, y expiró. Su cuerpo fue depositado en el convento de San Agustín, en el presbiterio, al lado del Evangelio.

Fr. Hernando Guerrero

Nació en Alcaraz, provincia de Albacete, en la segunda mitad del siglo XVI. Muy joven recibió el hábito agustiniano en el convento de San Felipe el Real de Madrid, que acababa de fundar el P. Fr. Alonso, provincial de Castilla, y fundación que fue muy agraciada por el

¹⁵ AGI, FILIPINAS, 74. N. 91. Petición del arzobispo de Manila para trasladar la fiesta del Corpus.

rey Felipe II. Allí Fr. Fernando hizo su profesión religiosa en 1588. Siguió sus estudios con lucimiento, siendo modelo de observancia de los demás compañeros, cuando se sintió movido por Dios a consagrarse enteramente a las misiones. Al efecto, embarcó para Filipinas con otros catorce religiosos y arribó a Manila en el año 1595, después de muchos meses de navegación.

Conocido su espíritu y gran virtud de que se hallaba dotado, ejemplar en la conducta, celoso en el cumplimiento de sus deberes y amable, le enviaron los superiores a las provincias Visayas, cuya lengua aprendió con mucha perfección, merced de su buena memoria y especial aplicación. Administró en 1599 y 1605 los pueblos de Halant, Bantayán, Passy y Panay, capital de la provincia, y que dio nombre a toda la isla por haber sido en ella Fr. Alonso Jiménez en el año 1572 el primero que fundó.

Creyeron los prelados que sería muy útil a la propagación de la fe tener cerca de sí al P. Fernando para valerse de sus consejos, por la mucha prudencia e ilustración de que continuamente daba pruebas, por lo que le ordenaron que pasase a las provincias de tagalos. Obedeció prontamente, y tomándose la molestia de aprender otro idioma muy diferente al Visayas. Trabajó con infatigable celo evangélico en el cultivo de la viña del Señor en los pueblos de Taqui y Tondo, éste último formaba parte de la ciudad de Manila.

En 1613 pasó a la isla de Cebú con el cargo de prior del convento del Santo Niño Jesús, pero solo un año desempeñó este oficio, pues en 1614 vino a España de compañero y sustituto del P. Fr. Miguel García, comisario y procurador de la Provincia en Madrid y Roma.

Presentado el P. García para el obispado de Ilocos, quedó como procurador efectivo el P. Guerrero. Volvió a Manila en 1617 en compañía de veintiún religiosos agustinos que en aquella sazón se embarcaron en Acapulco para el Archipiélago. En el año 1625 le volvieron a nombrar procurador en España. Por cuarta vez emprendió viaje a su Patria y facilitar los medios a los futuros misioneros.

Extraordinaria fue su sorpresa cuando al pasar por México se vio honrado por el rey Felipe III que le presentaba para el obispado de Nueva Segovia. Mucho tiempo después, cuando había desempeñado

el oficio de comisario, accedió a la presentación, embarcándose otra vez para Filipinas. En 1628, llevando consigo las bulas y otra misión de veintidós religiosos agustinos, llegó a Cebú, donde fue consagrado por el obispo Fr. Pedro de Arce.

Siete años gobernó su dilatado rebaño con mucha paz y estimación de cuantos le conocían y trataban. Tal fue su trabajo, que fue elevado a la dignidad arzobispal¹⁶. El día 25 de junio de 1635 tomó posesión del arzobispado de Manila.

Inmediatamente después comenzaron las discordias entre el gobernador Corcuera y el arzobispo¹⁷, a consecuencia de ciertas cuestiones que tuvieron entre sí los Dominicos, de los que algunos quisieron dividir la Provincia del Santísimo Rosario, cuya división el gobernador apoyaba y se oponía el arzobispo, quien consiguió que no se efectuase. Este desaire fue visto por el gobernador como una ofensa que le provocó un sentimiento de revancha en cuanto tuviera la oportunidad. No tardó en llegar la ocasión que deseaba, pues un artillero, a quien el arzobispo había quitado justamente una esclava, encontrándola un día en la calle la mató a puñaladas y luego se ocultó en la iglesia de San Agustín. El gobernador mandó extraer a viva fuerza al reo del lugar sagrado, violando la inmunidad eclesiástica, y lo entregó al comandante general de Artillería, quien después de sentenciarlo le quitó la vida en frente de la mencionada iglesia.

Otro problema fue cuando el arzobispo ordenó que los Jesuitas le manifestaran las facultades con las que confesaban y predicaban. Éstos, alegando que se atentaba contra sus privilegios, nombraron juez a don Fabián de Santillán y Gabilanes, maestrescuela de la catedral y enemigo del arzobispo. Inmediatamente se constituyó un tribunal quien dictó sentencia contra su arzobispo bajo pena de excomunión y 4.000 pesos de multa si no revocaba el auto por el que había prohibido que los Jesuitas predicasen y confesasen si no presentaban las

¹⁶ AGI, FILIPINAS, 1004, N.1. Ejecutorias del arzobispado de Manila para Fernando Guerrero. Año 1634.

¹⁷ AGI, FILIPINAS, 21, R.10, N.46. Carta de Sebastián Hurtado de Corcuera, gobernador de Filipinas, dando cuenta de las inquietudes que ha causado el arzobispo, Fr. Fernando Guerrero, en los diez meses que lleva al frente del arzobispado. Año 1636.

facultades. Ante esta sentencia, protestó el arzobispo, y señaló la falta de autoridad del juez. Ante estos hechos, Santillán publicó la excomunión, mandó que oficiales reales le detuvieran el estipendio, le hiciesen pagar la multa y pidió soldados para embargarlo, lo que concedió inmediatamente el gobernador

No paró aquí la audacia del clérigo, pues mandó al deán y cabildo que no reconociesen al arzobispo. Viéndose Fr. Guerrero perseguido de modo tan inicuo y sin apoyo de la Audiencia, tuvo que rebajarse a dar satisfacción a los Jesuitas, quienes no cesaron en sus exigencias, las que provocaron que el arzobispo fuera desterrado por el gobernador y la Audiencia la isla del Corregidor, y que el cabildo declarase a la sede como vacante y pusiera como administrador al obispo de Camarines. Durante su estancia en esta isla vivió en una choza, no se le permitió criado, y no dejaron que nadie le visitase. Esta situación duró veintiséis días, pues viendo el arzobispo una escisión en su iglesia y que de la intromisión del gobernador en el rebaño se seguirían grandes daños, accedió a lo que se le pedía.

Para colmo de la desdicha, cuando hizo la visita pastoral en la isla de Mindonoro, cayó en manos de los piratas moros, que le despojaron de sus insignias, pontificales, y aunque él pudo escapar, al poco tiempo murió, el 10 de julio de 1641, a la edad de 75 años. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia del convento San Agustín del Manila, al lado del Evangelio.

Fr. José Seguí

Natural de la villa de Camprodón, en Gerona. Nació en 1773. A la edad de 16 años, sintiéndose inclinado a la vida religiosa, vistió el hábito agustiniano en el convento de La Seo de Urgel, verificándose su profesión al año siguiente. En el estudio hizo grandes progresos, pero teniendo siempre presente que en el principio de la sabiduría es el mismo Dios, y que la ciencia cuando no va cimentada en a virtud produce orgullo, vanidad y soberbia.

Pasó a la misiones de Filipinas afiliándose a esta Provincia en 1795, y al poco tiempo consiguió que sus superiores le enviaran a predicar el Evangelio a China. Veinte años permaneció en aquel

Imperio, llevando una vida llena de zozobras, sustos, peligros y de padecimientos. Se dedicó a enseñar, instruir, a confortar en la fe y animar a los fieles que tenía bajo su cuidado, viéndose muchas veces obligados a recorrer espacios inmensos, a atravesar ríos caudalosos y a penetrar por tierras y bosques casi inaccesibles, a fin de nutrir con el pan de la divina palabra a aquellos que la necesitaban. Sobrellevaba todo esto con una paciencia y mansedumbre edificantes. Si algún tiempo le quedaba de su sagrado ministerio lo dedicaba a la oración, al estudio de las ciencias eclesiásticas y de diversas lenguas, llegando a hablar francés, chino, inglés e italiano, y de todos ellos sacó mucho fruto, pues le facilitaron los medios para cumplir mejor sus sagrados deberes.

En estas ocupaciones pasaba gustoso su vida, cuando de improviso se vio su alma anegada de sentimiento. Los religiosos Agustinos de Filipinas, a causa de las continuas guerras que dentro y fuera venían agitando a España, eran tan pocos, que se vieron obligados a dejar las misiones de China por atender a lo más necesario, que era la administración de los indios de archipiélago filipino. Al P. Seguí le dieron órdenes de volver a Manila. Con gran sentimiento salió de China en el año 1818, entre sollozos, lágrimas y suspiros de aquellos fieles. Así se dejaron aquellas misiones doscientos quince años después de haberlas fundado el P. Álvaro de Benavente. Algunos chinos le acompañaron hasta Manila porque no quisieron dejar solo al buen pastor.

Apenas había llegado a Filipinas, le nombraron procurador de su Provincia, cargo que ejerció con mucho acierto hasta el año 1829, honrándole después con el oficio de definidor en dos ocasiones.

El papa León XII a cuyo conocimiento había llegado la fama de este agustino, queriéndole dar una prueba de afecto, le preconizó obispo de Hierocesarea in partibus infidelium, y auxiliar de Manila¹⁸. Recibió la consagración en la iglesia del convento San Agustín de Manila el 28 de octubre de 1829. Murió en aquel tiempo Fr. Hilarión Díez, metropolitano de Filipinas, y al momento fue propuesto el P. Seguí, su auxiliar, para sucesor. Este gesto fue acogido por el aplau-

¹⁸ AGI, FILIPINAS, 1004, N.18. Provisión del auxiliar del arzobispo de Manila en José Seguí. Año 1829.

so de todos y no menos de Pío VIII que tuvo por muy acertada esta elección, enviándole el palio por medio del obispo de Ilocos el día 14 de septiembre de 1830. Y el 29 del mismo mes tomó posesión del arzobispado.

Elevado a tan alta dignidad conservó las costumbres de religioso. Su aposento no se diferenciaba nada de una modesta celda, contentándose con un humilde lecho y pocos y toscos muebles. Sólo la sala en la que recibía a algunos huéspedes contenía algunos adornos, pero distaban mucho de la magnificencia y del lujo. En cambio, su vida y costumbres no eran la de un simple religioso que aspira a la perfección, sino las de un prelado que la posee. Las pingües rentas del arzobispado las empleaba en remediar las necesidades de las iglesias y pobres de dentro y fuera de las islas, enviando al obispado de Barcelona y a otros de la Península cuantiosas limosnas. Con su virtud y amable carácter componía fácilmente las diferencias y cuestiones que entre sus diocesanos surgían, por lo que le miraban como un ángel de la paz. No perdonaba trabajos, ni fatigas por cumplir con su sagrado ministerio.

Hizo las visitas diocesanas con tanta frecuencia como los más celosos de sus antecesores, pasando de isla en isla, y de provincia en provincia, con grandes peligros de sufrir naufragios por lo débil de las embarcaciones en las que hacía las travesías, y de coger graves enfermedades, ya por el sol ardiente en los climas intratropicales, ya por las frecuentes lluvias y tornadas tan frecuentes en aquellas regiones.

Presidía los ejercicios espirituales que con frecuencia ordenaba tuviese su clero, además de hacerlos personalmente él todos los años. Era tan sufrido y paciente en las desgracias que sólo decía “todo por Dios y para Dios”. En atención a sus méritos fue condecorado por el Gobierno de España con la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Al comenzar el año 1845 emprendió la visita a las provincias de Bulacán, Pampanga y Nueva Écija, pero debido a la debilidad de su salud tuvo que desistir de su empeño cuando no había concluido de visitar la primera. Se retiró a Bigaá, de allí al pueblo de Angat, y después a la hacienda de Malinta. Falleció en Manila el día 4 de junio de 1845.

Sus exequias fueron solemnes en la catedral, más no contentos los agustinos con esto, en señal del sentimiento que les causaba la pérdida de tan celoso prelado, celebraron otras solemnísimas en el convento San Agustín de Manila, en las que predicó la oración fúnebre el P. lector Esteban Vivet, párroco de Balinay, en Bulacán.

Fr. José Aranguren

Nació en Barasoain, pueblo de Navarra y poco distante de la ciudad de Pamplona, a finales del siglo XVIII, y después de haber estudiado derecho civil, siguió por algún tiempo la carrera militar, portándose en ella con mucho valor y arrojo. Más aborreciendo las cosas del mundo, recibió el hábito de agustino recoleto, y se afilió a las misiones de Filipinas en el colegio de Alfaro, que después sería trasladado a Monteagudo.

A la muerte del P. Seguí, arzobispo de Manila, fue nombrado su sucesor, cuando desempeñaba el oficio de provincial. Resalta como curiosidad, que en esos momentos no había ningún obispo en Filipinas, y fue necesario que viniese de China Fr. Romualdo Jimeno, dominico y cuadjutor del vicario apostólico de Tungkin a conságrale. Verificada la consagración en Manila en el año 1847, tomó posesión de arzobispado, y el obispo Jimeno quedó como tal en Cebú hasta 1872.

En reconocimiento de los relevantes méritos del P. Aranguren, el Gobierno de España le condecoró con la Gran Cruz de la Orden Americana de Isabel la Católica, le nombró consejero del rey y senador del Reino, patriarca de las Indias, y le hizo vicario general castrense en todos los dominios de España en Asia y Oceanía.

Fue un hombre muy parco y modesto en su comida y vestido, atento con todos a pesar de su carácter vivísimo, misericordioso hasta agotar en favor de los pobres todos sus recursos, trabajador y activo. Todo el mundo le apreciaba y tenía tal respeto que rayaba en veneración. Murió lleno de virtudes el año de 1861, siendo universal el sentimiento causado por su muerte así en el clero como en los fieles, llamándole todos obispo dignísimo y merecedor de que se le compare con los mejores prelados de la iglesia en todos los tiempos.

Diócesis de Cebú¹⁹*Fr. Pedro Agurto*

Natural de México, fue propuesto por Felipe II como primer obispo de Cebú en 1595, cargo que aceptaría en virtud de obediencia al P. General. La bula de nombramiento fue firmada por Clemente VIII. Su episcopado fue de tal manera, como lo había sido la observancia que había profesado. Visitó a pie descalzo toda su diócesis y confirmó a noventa mil cristianos. Destacó por la oración, penitencia y el ejercicio de la caridad. Llevaba un cilicio hecho de tela barata y áspera que usaba para fortalecerse. Según la tradición, el Santo Niño le habló tres veces y le concedió tener el purgatorio en esta vida. Murió en 1608, en el pueblo de San Nicolás.

Fr. Pedro de Arce

Natural de la villa de Catadiano, provincia de Álava. Recibió el hábito agustino en el convento de Salamanca, y el mismo se consagró a Dios por medio de los tres votos en 1579, siendo muy joven. Deseoso de predicar a Cristo, se afilió a las misiones de Filipinas, llegando a aquellas islas en marzo de 1581, en compañía de otros dieciséis religiosos. Concluyó sus estudios en el convento de Manila y luego le destinaron a las Islas Visayas, donde administró a los fieles de Panay y Opong sucesivamente desde 1587 hasta 1596, conservándolos en la fe, esforzándolos en el espíritu y teniendo con ellos conversaciones.

En 1596 le nombraron prior del convento del Santo Niño de Cebú y en 1599 pasó con el mismo encargo al de Manila. En aquel tiempo, era este convento de madera, y por tanto muy expuesto a incendios. Con el fin de evitar fuegos, como el que sucedió durante los funerales del gobernador Ronquillo, Fr. Pedro emprendió la gigantesca obra de construirlo de piedra, empezando la construcción bajo la dirección de arquitecto Fr. Antonio de Herrera, lego y pariente de Juan de Herrera. La construcción se llevó a cabo con tanto esmero, que llegaría a ser la admiración de todos por su belleza y por haber resistido a los terremotos.

¹⁹ APAF, caja 1056, carpeta 1, b.

tos continuos que aquellas islas experimentaban todos los años, y en especial los de 1746 y 1863, que dejaron arruinada casi toda la ciudad.

Fue electo prior provincial en 1602 y, en 1607, en atención a sus bellas cualidades, se vio obligado a cargar sobre sus hombros el gobierno de sus hermanos con el oficio de rector de la Provincia. En el año 1608 se retiró al convento del Santo Niño, donde fue nombrado prior, pero solo un año gozó de este retiro, puesto que el rey Felipe III el día 17 de mayo de 1609, le presentó para obispo de Nueva Cáceres, dignidad que permutó con Fr. Pedro Matías, franciscano, y obispo electo de Cebú, trasladándose y tomando posesión de esta silla, luego que fue aprobada en Roma la permuta, y después de haber sido ordenado obispo en Manila por el arzobispo Diego Vázquez.

Tres arzobispos de Manila murieron durante el tiempo que Fr. Pedro fue obispo de Cebú, Vázquez, García - Serrano y Guerrero, estos dos últimos agustinos; y en estas tres ocasiones le correspondió gobernar el arzobispado, según lo dispuesto por Pío V. Fr. Pedro aceptó este cargo las dos primeras, pero la tercera lo declinó por no sentirse con fuerza para regir dilatadas diócesis.

A todos les fue muy útil el gobierno de arzobispado de Manila y obispado de Cebú de Fr. Pedro, pero en especial a los agustinos descalzos, que acaban de llegar al archipiélago, pues hallaron en él a un padre querido y protector. A su munificencia deben la fundación del primer convento establecido primero en el campo de Bagunbayán, extramuros de Manila, y trasladado después a la ciudad, y él les confirió la administración de la gran isla de Mindanao, y de la provincia de Zambales.

Fr. Pedro gobernó su iglesia con gran prudencia y acierto desde el año 1610 hasta el 16 de octubre de 1645, en que lleno de virtudes y méritos, querido y estimado por todos, y habiendo vivido una vida santa tanto en el claustro y de prelado religioso, como en el episcopado, murió en Cebú a los 85 años. Se le hicieron grandes honras en las que predicó el P. lector Fr. Francisco Manzanares, y su cuerpo fue sepultado al lado del Evangelio en la iglesia del convento del Santo Niño, en Cebú.

Fr. Sebastián de Foronda

Nació en Badajoz en 1665 y profesó en Madrid en el convento de San Felipe el Real, en 1682, siendo comisario de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Agustinos Calzados de Filipinas, el P. Fr. Manuel de Santacruz.

A los dos años después de profesar, embarcó en la misión de cuarenta y cinco religiosos con destino a Filipinas. Concluidos con lucidez sus estudios, administró con singular celo las parroquias de Guagua en 1689, de Bacolor en 1692 y en 1717; también fue párroco de Macabebe desde 1707 hasta 1710, en que obtuvo el curato de Candaba, en la Pampanga Filipina.

En 1699 fue nombrado procurador de la Provincia y, concluido el trienio, desempeñó el cargo de secretario provincial y el de definidor a un tiempo. Fue tal su rectitud en los oficios que había desempeñado y tan bueno el concepto que de él todo se habían formado, que en 1711 volvió a ejercer el cargo de secretario. A los dos años siguientes fue electo provincial. Posteriormente fue nombrado prior del convento de Manila.

Informado el rey de España de las virtudes de este religioso agustino, le presentó en 1711 para obispo de California *in partibus infidelium*, y gobernador del obispado de Cebú, con el expreso encargo de que inmediatamente partiera a su destino por la necesidad que allí había de sus buenos oficios y de su instrucción²⁰.

No aceptada por sus superiores la renuncia al cargo propuesto, tomó posesión del obispado por medio del bachiller Tomás Gómez, el 29 de junio de 1718, y fue consagrado en el año 1724 en la ciudad de Macao por la imposición de la manos del obispo de aquella ciudad don Juan Casal, habiéndose obligado a pasar a este punto de China, por hallarse en aquella época vacantes todos los obispados de las Islas Filipinas.

²⁰ AGI, FILIPINAS, 349, L.7, F. 290R-292V. Real Provisión al presidente y oidores de la Audiencia de Manila para que den posesión del obispado de Cebú a Sebastián de Foronda, de la Orden de San Agustín, con título de obispo de California in pártibus.

Fue en el gobierno de su diócesis sumamente celoso, prudente y caritativo. Contribuyó con 6.000 duros a la obra de convento del Santo Niño de Cebú, y costeó en gran parte las campanas de la catedral, cuyas obras –la construcción de la catedral– fueron muy difíciles de sumir porque no se entregaba la cantidad anual asignada para la construcción del templo²¹.

Su muerte aconteció en Cebú el 20 de mayo de 1728. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia antigua del convento y después se trasladaron sus huesos a la nueva.

Fr. Joaquín Encabo de la Virgen de Sopetrán

Nació en Jarandilla, provincia de Cáceres, en Extremadura. Aún no completados los 18 años de edad, recibió el hábito de agustino recoleto en el colegio que estaba situado a las afueras de la misma villa, el 13 de agosto de 1758.

Concluidos los estudios, partió para Filipinas embarcándose en Cádiz el 23 de junio de 1767. Apenas llegado a las islas, se distinguió por su ciencia, por lo que la obtuvo el cargo de lector, que desempeñó a satisfacción de todos.

Su instrucción y profunda penetración en las ciencias eclesiásticas no pasaron desapercibidas a los prelados de aquellos lugares, quienes convencidos de sus méritos le nombraron: el arzobispo de Manila, examinador sinodal de su archidiócesis; y el de Nueva-Segovia, donde residió algún tiempo, teólogo consultor y examinador sinodal del obispado. Fue también calificador del Santo Oficio, provincial dos veces de la Provincia de Santo Nicolás de Tolentino, en cuyo cargo desplegó su gran celo y sus buenas dotes de mando, y cura en pueblos de la provincia de Bohol.

Tantas y tales cualidades, hicieron que el rey Carlos IV le propusiera para obispo de Cebú el 20 de diciembre de 1802.

²¹ AGI, FILIPINAS, 297, N. 7. Carta de fray Sebastián de Foronda, obispo de Cebú, dando cuenta de los problemas que ha habido para la fabricación de la catedral de dicho obispado por no habérseles entregado las cantidades anuales que para ello están asignadas.

Las circunstancias de la época, en las que España estaba en guerra con Inglaterra, impidieron que llegaran pronto a las islas la real cédula del rey, por lo que tardó mucho en hacerse cargo del obispado, según se acostumbraba en las islas, y fue necesario esperar a la llegada del testimonio regio de la expedición de bulas y del apresamiento de la nave en la que éste iba. Este fue el motivo del gran tiempo que pasó entre el nombramiento real y su entrada en el gobierno del obispado, y entre ésta y la consagración²².

Entró en el gobierno de su obispado el 5 de junio de 1805, y fue consagrado el 15 de mayo de 1808, en la iglesia de los recoletos de Manila. En todo tiempo que rigió el obispado fue un padre para los visayas. Con sus exhortaciones dulces y paternales promovió una gran transformación en las costumbres, floreciendo en su tiempo la piedad y la disciplina eclesiástica, así como la instrucción tanto en el clero como en el pueblo, para lo que mandó traducir al visaya e imprimió el Catecismo de Francisco Amado Pouget, que tantos y tan buenos resultados dio en las escuelas. Fue su lema atraer a los descarriados más bien por medios suaves que por el rigor.

Sus rentas las repartía entre los pobres, el hospital, la iglesia y la catedral, reservándose únicamente las estrictamente necesarias para los gastos de palacio. En su tiempo y debido a sus limosnas, se terminaron las obras de la catedral, exceptuando la torre que se construyó posteriormente.

Por espacio de muchos años fue aquejado de asma, enfermedad que le hizo padecer mucho, especialmente en la época de calores, y los sufrió siempre con gran resignación. Acostumbraba a hacer oración antes de acostarse y, según costumbre, a poco más de las nueve de la noche del día 8 de noviembre de 1818, se puso a orar de rodillas ante el crucifijo, y en este estado le sorprendió un fuerte ataque de asma, que en pocos momentos le causó la muerte, muriendo en manos de su fiel servidor el presbítero don Esteban Meneses. Se celebraron sus funerales con toda la solemnidad posible en aquella

²² AGI, FILIPINAS, 346, L.17, F.296V-300V. Certificación del pase de las bulas expedidas a Joaquín de la Virgen de Sopetrán, de la Orden de Agustinos Recoletos, para el obispado de Cebú. 19 de noviembre de 1804.

época y su cadáver fue enterrado en la iglesia de la Concepción de los agustinos recoletos de la ciudad.

Fr. Santos Gómez Marañón

Nació en la ciudad de Valladolid el 1 de noviembre de 1763, y recibió el hábito agustiniano en el Real Colegio Seminario de Filipinos de la misma ciudad. Embarcó para Filipinas en 1787, donde se dedicó en un primer momento a ser lector de teología. Fue cura en Hagonoy y Pasig. Ocupó los cargos de definidor y fue electo provincial en 1825. El 7 de mayo de 1828, el rey Fernando VII le propuso para el obispado de Cebú. Partiría para allá en 1829, donde sería recibido entre los asombros de una gran multitud. Fue preconizado en Roma el 28 de septiembre de 1829 y consagrado en la iglesia de San Agustín de Manila el 28 de octubre de 1830. El rey en 1830 le condecoró con la Gran Cruz Americana de Isabel la Católica, que recibió en el convento de Manila el día 22 de febrero de 1836.

Vivió con la comunidad del convento del Santo Niño hasta que se habilitó una habitación en el palacio, que construyó de nueva planta en el término de dos años. Hizo a su costa el templete de la Santa Cruz, y terminó el campanario de la torre de la catedral y el cementerio de al lado de la catedral. Murió el 23 de octubre de 1840, y fue sepultado en el lado del Evangelio de la capilla de dicho cementerio.

Fr. José Fernando Magaz ²³

Nació el 19 de marzo de 1831 en la villa de Ampudia, Palencia. De muy corta edad, quedó huérfano de padre y madre, pero como tenía hermosa voz y disposición para el canto, fue admitido en la colegiata de esta villa, y en ella comenzó a estudiar. Pasó a continuar los estudios en Valladolid y, sintiendo vocación al estado religioso, solicitó y obtuvo el hábito de San Agustín en el Real Colegio de Filipinos, llegando a profesar en 1850.

²³ Obispo electo de Cebú, pero presentó su renuncia al Nuncio Apostólico en España, la cual le fue aceptada.

En junio de 1852 salió para Filipinas con otros treinta y siete compañeros, llegando a Manila el 8 de enero del siguiente año.

Entre otras buenas cualidades se distinguieron en él la aptitud para la predicación, por cuya causa, antes incluso de terminar sus estudios y siendo solo diácono, el arzobispo de Manila le autorizó para predicar en la capital de la islas, facultad que utilizó varias veces en la iglesia de convento de San Agustín, ya en los novenarios de La Consolación y Ánimas, ya en otras festividades.

Concluida su carrera, fue destinado a la isla de Cebú, y aprendió la lengua visaya con mucha precisión, por lo que el año 1857 le confiaron el gran pueblo de Naga, hasta 1861 que pasó al de Minglanilla, donde llegaría a trabajar con tanto celo que poco le faltó para enfermar y perder la vida por sus muchos trabajos.

En el capítulo provincial de 1865 fue elegido prior del Santo Niño, cargo que desempeñó muy a gusto de todos, y especialmente del obispo de esta diócesis, que le hizo examinador sinodal y se valió de él para todos los asuntos de interés; incluso cuando pidió un obispo auxiliar, se fijó en Fr. José, a pesar de que tan sólo tenía 35 años de edad. Este nombramiento no se llegaría a efectuar por la dificultad que vio el gobierno en la paga que debía adjudicar al auxiliar.

Sólo dos años gobernaría el convento de Cebú, pues en 1867 le ascendieron a prior del convento de Manila, donde hizo muchas obras notables en la fábrica del mismo: elevó el presbiterio, compró colgaduras nuevas para toda la iglesia y arregló los claustros, que necesitaban grandes reparaciones.

En Manila aumentó la fama que ya tenía de prelado y de hombre instruido, y en virtud de esto, la Sociedad Literaria y Económica de Manila, titulada Amigos del País, le hizo socio de número, agregándolo a la sección de ciencias.

En 1869, y cumplido el bienio, vino a España de rector al colegio de Santa María de la Vid, donde desempeñó este cargo durante cuatro años consecutivos, en los que mejoró mucho el colegio: aumentó los ornamentos de la iglesia, compró mil volúmenes de libros con los que se enriqueció la biblioteca, introdujo mejoras en la administración y hermoseó el edificio en varias de sus dependencias.

Deseoso de que le quitasen del pesado cargo de superior, accedieron a sus deseos en el capítulo provincial de 1873, quedando retirado en este colegio y dedicándose a las obras de piedad, confesión, predicación y ayudando al párroco.

El 12 de junio de mencionado año, recibió el nombramiento de que el Gobierno de Madrid, juntamente con el nuncio de Su Santidad, monseñor Simeoni, le habían propuesto para obispo de Cebú.

Lleno de angustia y aflicción, envió a Madrid la renuncia por telégrafo, y recibiendo contestación de que no se la admitían, insistió con más ahínco, y no habiendo obtenido con esto el resultado que deseaba, él mismo fue a Madrid, y a fuerza de razones y súplicas consigue que le libren del peso del episcopado.

Tradujo al idioma cebuano algunas obras, y a él se debe la traducción al visaya de la bula de definición de la Concepción Inmaculada de la Virgen, que el obispo de Cebú envió a Roma y Francia para la edición políglota en todas las lenguas de mundo, y que se publicó en 1865. Igualmente escribió y publicó en cebuano una obrita titula *Regla de Vida*, para uso de los indios y en la que trata de las obligaciones de los cristianos.

Diócesis de Nueva Segovia²⁴

Fr. Facundo Mesaguer

Nació en el pueblo de Canet del Mar, provincia de Barcelona y obispado de Tortosa, en 1702. Con tan solo 15 años de edad recibió el hábito agustiniano en el convento de Nuestra Señora del Socorro de Valencia, y allí hizo su profesión religiosa en 1718. Concluida la filosofía, creyeron los superiores que estaba adornado de las cualidades convenientes para emprender estudios mayores, por lo que le destinaron a los colegios de la provincia, donde concluyó su carrera literaria con mucho aprovechamiento, pues logró obtener en seguida los grados académicos hasta el de lector inclusive. Los superiores le

²⁴ APAF, Caja 1056, carpeta 1, c.

dieron el cargo de la enseñanza y lo cumplió con singular esmero y lucimiento por un espacio de once años.

Aunque ere mucha la ciencia que había atesorado, tanto al hacer sus estudios, como cuando enseñaba a los jóvenes encomendados a su magisterio, dejó la cátedra y los aplausos que su posición le brindaban, y se embarcó con otros veintitrés religiosos para Filipinas, llegando a Manila el 16 de septiembre de 1737. Poco tiempo después de su llegada aprendió perfectamente el idioma Tagal y trabajó con celo apostólico.

Los pueblos en los que ejerció su solicitud pastoral fueron: Malolos, en 1738; el de Bulacán en dos ocasiones, Parañaque, en 1744 y 1759, y el de Tagnig, en el año 1747 y siguientes.

Ejerció los cargos de prior en Manila desde 1750 hasta 1753, de prior provincial desde 1756 hasta 1759, y finalmente se retiraría al convento de Guadalupe con el oficio de prior de aquel santuario desde 1759 hasta el día de su fallecimiento, el 4 de marzo de 1765.

Fue propuesto para obispo de Nueva Segovia en atención a sus grandes méritos²⁵, pero ya había fallecido cuando llegó a Filipinas su nombramiento.

Fr. Agustín Pedro Blaquier

Natural de Barcelona, a los 18 recibió el hábito agustiniano en el convento de la misma ciudad que le vio nacer y donde profesó en 1769. A fin de consagrarse a las misiones, se afilió a la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, embarcándose para este archipiélago con otros veintiún religiosos que llegaron a Manila el 27 de julio de 1772, una vez que habían hecho el viaje por Nueva-España, y desde Acapulco en la nave que anualmente navegaba desde este puerto a Filipinas.

Una vez allí, siguió con su carrera literaria en el convento de Manila con mucho éxito, y luego destinado a las misiones y pueblos de

²⁵ AGI, FILIPINAS, 1029, N.12. Consulta de provisión de Juan Facundo Meseguer como obispo de Nueva Segovia. Año 1765.

Ilocos, donde se hizo admirar por su laboriosidad y celo, y dejando allí muchas pruebas de su discreción, caridad y espíritu apostólico en los pueblos de Batac, que administró desde 1779 hasta 1790, y de Laoag, que tuvo a su cargo desde 1790 hasta 1798. Siendo párroco de éste último obtuvo el cargo de prior vocal, definidor y comisario del Santo Oficio, actuando en todos ellos con una esclarecida y singular inteligencia y rectitud. Estaba dotado de un intelecto perspicaz y de un carácter sumamente vivo y susceptible, afectándole tanto los sucesos adversos, que le hacían padecer en gran manera. Tenía buena memoria y le gustaba mucho la historia de las antigüedades, hasta tal punto que meditando algún acontecimiento de ésta, llegaría a componer a algún discurso.

Por todo esto, el rey Carlos IV, a cuya noticia habían llegado los esclarecidos dotes de que Fr. Agustín de Pedro se hallaba adornado, le presentó para el obispado de Nueva Segovia y preconizado en Roma, se verificó su consagración el 20 de febrero de 1803. Una vez que tomó posesión de su obispado, y comenzando la visita por la provincia de Cagayán, que administraban los Dominicos, tuvo un fuerte disgusto, impresionándole de tal modo, que le produjo una calentura maligna, y está dio con él en la sepultura en el pueblo de Ylayán el 30 de diciembre de 1830, diez meses después de su consagración.

Fr. Juan José Aragonés

Nació en Madrid el 21 de agosto de 1817, e hizo sus primeros estudios en uno de los colegios que los Jesuitas tenían en esta ciudad, antes de la supresión de los institutos religiosos, llevada a cabo en 1835. Fueron los Jesuitas quienes le indicaban la Orden de San Agustín como la más conforme para su vocación, dirigiéndole al convento de Valladolid de las misiones de Filipinas, cuyo rector le recibió con mucho agrado.

Concluido en año de noviciado y verificada su profesión religiosa, mostró un madurez en todo lo propio de una persona consumada en virtudes, y mostró tanto celo y exactitud en la observancia de la regla, que mereció que le hiciesen compañero del maestro de novicios, a fin de que instruyese a los principiantes no solo con su palabra, sino más con su buen ejemplo. Aparte de esto, terminó sus estudios con

gran aprovechamiento. Permaneció en el colegio desde el 25 de abril de 1841, en que recibió el dicho hábito, hasta el año 1845, en que se embarcó para Filipinas con otros veintiún religiosos del mismo colegio, llegando a Manila el 3 de septiembre de aquel año. Al poco de su permanencia en el archipiélago, le confirmaron la administración del pueblo de Oslob, en la isla de Cebú, pueblo que tuvo a su cargo en tres ocasiones: la primera de 1847 a 1850, la segunda desde 1851 hasta 1854, y la última en 1859 y siguientes hasta 1861.

Fue un hombre de mucha virtud, celo, caridad y discreción. Construyó el nuevo convento de Oslob, y a los naturales de allí los instruyó de tal manera, que algunos contemporáneos de él afirman que eran los más piadosos de todas las islas. Mejoró el convento de Manila y sus haciendas, arregló todas las obras pías fundadas en el mismo, corrigió abusos y defendió a la Orden frente al ataque de los malévolos.

En atención a sus buenas cualidades, fue nombrado procurador del convento de Manila en 1850, prior del mismo en 1854, secretario de la Provincia y definidor en el cuatrienio siguiente, y en 1861, prior provincial. Se hallaba en el último año de su provincialato cuando le sorprendió el nombramiento de obispo de Nueva - Segovia, enviado el 22 de junio de 1864 por la reina Isabel II. Declinó el nombramiento cuanto pudo, presentando su renuncia, pero temiendo oponerse a la voluntad de Dios y sujetando su parecer al de muchas personas a quienes había consultado, lo admitió finalmente. Fue preconizado en Roma el 24 de marzo de 1865, y fue consagrado en la iglesia San Agustín de Manila el 1 de octubre del mismo año.

Fueron tantos los que asistieron a la celebración, que la espaciosa nave de la iglesia no podía contener a la multitud, que llenó las tribunas y el coro. A los quince días salió para sus diócesis.

Fr. Mariano Cuartero del Pilar

El P. Mariano Cuartero del Pilar nació en Zaragoza el 10 de enero de 1930. Estudió primera y segunda enseñanza en el colegio de la Correa de Calatayud, después pasó a Madrid a ampliar sus estudios, e ingresó en el seminario de Monteagudo el 23 de septiembre de 1849.

Terminada la carrera eclesiástica, y previa oposición, obtuvo el título de lector, lo que le permitió impartir filosofía, teología dogmática y Sagrada Escritura.

Destinado a Filipinas, fue párroco de indígenas zambaleños, prior del convento de Manila de 1867 a 1870, después volvería a ser párroco, y debido a su trabajo, fue propuesto por el comisario apostólico en Filipinas para obispo de Vigan. Esto ocurrió durante la presidencia en España de Emilio Castelar, y con la caída de éste, y subida de Serrano a regente del Reino, se dilató mucho su consagración que se verificó en Manila. Falleció en Vigan el 12 de mayo²⁶ de 1887²⁷.

Diócesis de Nueva Cáceres²⁸

Fr. Francisco Ortega

Era natural del Castillo de Garcimuñoz, provincia de Cuenca, y recibió el hábito en el convento de Toledo donde profesó el 25 de septiembre de 1564, siendo prior el P. Fr. Francisco Serrano, que había sido dos veces provincial de la Provincia de Castilla.

Dos años más tarde pasó a México con el P. Fr. Juan de Tapia, que había venido a España. Allí le nombraron confesor y predicador en el capítulo de esta Provincia, en el año 1569. Abrasado en el celo de la conversión de los infieles del archipiélago filipino, y siendo prior de Mindoro, el año 1574 le prendieron los moros que se revelaron. Fue finalmente liberado por las tropas del gobernador. Fue prior en Manila desde 1575 a 1578.

En 1578 administró los pueblos de Candaba y de Bulacán en 1580. Fue dos veces comisario de su Provincia en España, la primera en 1580 hasta 1590, en que volvió a Manila con una misión de veintisiete religiosos; la siguiente fue elegido en Manila en el citado 1590.

²⁶ El documento cita su muerte el 12 de mayo, pero otras fuentes indican que fue el 2 de agosto de 1887.

²⁷ APAF, caja 1056, carpeta 4.

²⁸ APAF, caja 1056, carpeta 1, d.

El 26 de febrero de 1597, el P. General le nombró visitador en México. Pero cuando llegó a este país, Fr. Francisco no usó la autoridad de visitador que llevaba, porque fue nombrado obispo de Nueva Cáceres²⁹, cuya gracia confirmó el Papa el 13 de septiembre de 1599.

Murió el 24 de enero de 1601 en el convento de México. A esta casa religiosa la dejó muchas reliquias y su pontifical. Su cuerpo fue enterrado en la sacristía conventual.

Fr. Baltasar de Covarrubias

Era natural de México, y fue hombre de gran prudencia y virtud. Fue presentado por el rey Felipe III para obispo de Asunción, Paraguay, en el 1601; para obispo de Nueva Cáceres, en 1604; para Antequera, en América, en 1607, y finalmente para obispo de Michoacán, en México, de cuya diócesis tomó posesión en 1608.

Gobernó todas ellas con prudente celo apostólico. Falleció en 1622.

Fr. Diego de Guevara

Nació en la localidad de Baeza, en Jaén, y recibió el hábito agustiniano en el convento de San Agustín de Salamanca, donde hizo su profesión y concluyó sus estudios con gran aprovechamiento. En el año 1593 se afilió a la Provincia de Filipinas, y llegó a aquellas islas en la misión que condujo en aquel mismo año a más religiosos. A los dos años de su permanencia en este país obtuvo los cargos de superior y procurador del convento de Manila. En atención a sus méritos, al año siguiente, fue nombrado procurador comisario en España y discreto del capítulo general.

Para cumplir con este nuevo destino, embarcó en el galeón San Felipe, que salió de Manila con dirección al México el 12 de julio de 1596, pero el mal tiempo y las fuertes tormentas obligaron a la nave a arribar en Japón. Ya se hallaban en el puerto de Firando, y creyendo

²⁹ AGI, PATRONATO, 293, N.22, R.46. Real Provisión al presidente y oidores de la Audiencia de Filipinas presentándoles a Fr. Francisco Ortega, de la Orden de San Agustín, como obispo de la ciudad de Nueva Cáceres. 18 de marzo de 1600.

que todos los tripulantes estaban fuera de peligro, cuando he aquí que encalló el galeón abriéndose por completo. Con muchos esfuerzos lograron salvar sus vidas y gran parte del cargamento, con lo que se creyeron muy dichosos.

Avisado el emperador de lo sucedido, o más bien engañado, considerando que eran comerciantes que habían llegado allí para especular y que habían faltado a sus órdenes, mandó confiscarles todo. A pesar de este suceso, el P. Guevara pudo hablar con el emperador y darse cuenta de que el gobernador de Firando le había predispuesto contra los navegantes. En este tiempo fueron martirizados los primeros veintisiete mártires japoneses, de cuyo suplicio fue testigo presencial el P. Guevara.

Tanto él como los acompañantes, se vieron obligados a desistir de su viaje y vuelto a Manila, fue nombrado procurador de la Provincia en 1599, poco después prior del convento del Santo Niño de Cebú y en 1602, prior de Manila. Desempeñaba este cargo con mucho acierto, cuando en una junta celebrada en el convento de Manila el 4 de mayo de 1602, se determinó que en atención a haber desaparecido los obstáculos que antes había para enviar misioneros a Japón, pasasen a Bungo, uno de los reinos de aquel Imperio, a fundar misiones de la Orden el P. Guevara y el P. Estasio Ortíz, que era prior del convento de Bolinao.

Habían fundado los prelados grandes esperanzas del buen éxito de la empresa en las especiales cualidades del P. Guevara, y no quedaron defraudados. Nombrado vicario provincial del Japón, partió con sus compañeros del puerto de Manila el 25 de junio de 1603, y llegaron en un feliz viaje a Firando el 12 de agosto del año siguiente. En esta ciudad que está en la parte meridional de Japón, estuvieron algunos días en la casa de un cristiano natural de aquel país, pasados los cuales, marchó el P. Guevara a Miako a verse con el P. Jerónimo de Jesús, franciscano, y a obtener facultades para fundar un convento en Firando.

Habiéndolas conseguido y tras recoger algunas limosnas de los cristianos de la capital de Imperio, volvió a Firando y construyó un pequeño y paupérrimo convento con su iglesia. Mientras edificaban la casa, no descuidaron la predicación, de tal manera, que en un año eran insuficientes para atender a tantos fieles convertidos. Esto pro-

vocó que el P. Guevara volviese a Manila con el fin de solicitar más operarios evangélicos.

Apenas había llegado a suelo filipino, cuando ocurrió una sublevación general de los chinos que residían en Manila³⁰, en la que los agustinos se portaron con tal valor y patriotismo, que a ellos se les debe en gran parte que no desapareciera de aquellas islas la presencia española. Uno de los más infatigables en esta ocasión fue Fr. Guevara. Por esta razón, el gobernador de Filipinas le confió el encargo de ir a España a dar cuenta al rey de todo lo ocurrido. Empezó su viaje navegando hacia la isla de Malaca, allí se detuvo algunos días, después emprendió hacia Goa. Disfrazados de armenios él y su compañero de viaje, Fr. Diego de Oribe, atravesaron a pie gran parte de la India, Persia y parte de Arabia y Palestina, embarcándose en Alepo con rumbo a Candia, desde allí navegaron a Italia, en donde por tierra se dirigieron a Roma, y despachados a allí asuntos, llegaron a Madrid.

Tres años permaneció en España, siendo apreciado y querido por todos. El P. General le nombró maestro y visitador general de la Provincia de Filipinas, cargo que ejerció con mucho acierto, quedando todos muy contentos de su manera de actuar. Pasó a Filipinas con el referido cargo de visitador en 1610 y a los tres años tuvo que hacer otro viaje a Europa a fin de informar al General sobre el estado de los religiosos en Filipinas.

Admirado el rey de los infatigables trabajos de este religioso y deseando premiarle en cuanto estaba en sus atribuciones, le propuso para el obispado de Nueva Cáceres, cuya propuesta fue muy del agrado del Papa, quien lo preconizó el 3 de agosto de 1616, y al año siguiente volvió ya consagrado a aquellas islas.

Durante su episcopado vivió sin distinguirse de un simple religioso más que en el hábito. Era muy sobrio en el comer y vestir, y trabajaba día y noche por el bien del rebaño. Su oración era continua. Nadie se acercó a él que no volviese consolado. Ningún necesitado imploró su misericordia que no fuese socorrido. Era, ante todo, caridad.

³⁰ AGI, 84, N.119. Carta del provincial y definidores de la Orden de San Agustín de Manila: PP. Pedro Arce, Agustín de Tapia, Bernabé de Villalobos y Pedro de Salcedo, informando sobre el alzamiento de sangleyes y sus causas. Año 1603.

Fr. Francisco de Zamudio

Nacido en Portilla, Álava. Pertenecía a la Provincia de Michoacán y fue nombrado obispo de Nueva Cáceres en 1633.

Al poco tiempo de su consagración tuvo algunas cuestiones con los franciscanos que administraban pueblos de su diócesis, queriéndolos sujetar a las visitas diocesanas, y les quitó los pueblos de Ylabón y Albay. Acudieron los franciscanos a apelar al arzobispo de Manila. Fr. Fernando Guerrero, quien sentenció a favor de los religiosos, quienes atendiendo a la firmeza de carácter de Zamudio y que desistía del propósito de visitar a los pueblos de regulares, dejaron estos pueblos a pesar de que la sentencia les era favorable.

En el año 1635 sentenció un pleito entre al arzobispo de Manila y el comandante general de Artillería, como delegado del Papa³¹.

Gobernó sus diócesis con mucho celo, aunque tal vez no siempre discreto. Murió repentinamente en 1630.

Fr. Nicolás de Zaldívar

Nació en México a finales del siglo XVI y abrazó el estado religioso entrando en el convento de San Agustín de esta ciudad. Hecha su profesión y concluidos con lucidez los estudios, ocupó varios oficios dentro de la Provincia, y el de procurador general de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Nueva España.

En 1642 fue presentado para el obispado de Nueva Cáceres³², cuya diócesis administró hasta el año 1646 en que falleció sin haberse consagrado porque no pudieron llegar las bulas a su tiempo.

Dejó un manuscrito de la descripción de aquellas islas.

³¹ AGI, FILIPINAS, 76, N. 130. Carta de Fr. Francisco de Zamudio obispo de Nueva Cáceres, sobre el enfrentamiento que tienen las órdenes religiosas y el arzobispo de Manila con el gobernador de Filipinas Sebastián Hurtado de Corcuera, y sobre excesos de ciertos religiosos a los que critica duramente, pidiendo que sean sustituidos por clérigos. Año 1636.

³² AGI, FILIPINAS, 377, L.2, F.132R- F.132V Real Cédula a fray Nicolás de Zaldívar Zapata, de la orden de San Agustín, que ha sido nombrado obispo de Nueva Cáceres por muerte de Fr. Francisco de Zamudio y Avendaño, encargándole que vaya a gobernar su obispado en las cosas que no sean de orden mientras se despachan y envían sus bulas

*Fr. José Corujedo*³³

Nació en Santullano, arrabal de la ciudad de Oviedo (España), en 1830, y en esta misma hizo sus primeros estudios hasta concluir la gramática latina. Sus padres no eran muy ricos en bienes temporales, pero sí en virtudes y en tener cuatro hijos, todos muy piadosos. Habiendo ido a Asturias por el año 1846 el P. Fr. Ramón Cueto, vicerrector del colegio de Filipinos de Valladolid, el joven Corujedo tuvo de él noticias, le trató y se encendió en deseos de seguirle para dedicarse a las misiones. Estos propósitos se cumplieron en 1847, y en 1847 hizo su profesión solemne en mencionado colegio, donde continuó sus estudios hasta junio de 1852, en que salió de misión para Filipinas con otros treinta y siete compañeros, llegando a Manila el 8 de enero de 1853.

Concluidos allí los estudios, le destinaron a la provincia de Manila para estudiar lengua tagala, que aprendió pronto, y luego le nombraron cura interino del pueblo de Malate, en el que solo permaneció unos meses, porque habiendo muerto el rector de Valladolid, Fr. Bonifacio Albarrán, y elegido rector del mismo el que era vicerrector, Fr. Felipe Bravo, le designaron a él para el cargo de vicerrector, volviendo a España a ejercerlo en el año 1855. Este cargo lo desempeñó dos años junto con el de lector de sagrada teología.

En 1858 fue nombrado maestro de novicios, oficio que desempeñó un año, pues en 1859, no habiendo sacerdote que pudiera presidir la misión que iba a embarcar para Filipinas, aunque con sentimiento, los superiores le tuvieron que encargar a él la presidencia.

Llegó por segunda vez a Manila el 30 de agosto de 1859, después de cinco meses de embarcación, y al poco tiempo le nombraron cura de Tambobong, provincia de Manila, y en el año de 1861 fue elegido predicador del convento de Manila, cargo que ejerció más de diez años con el aplauso de todos, tanto de religiosos como de seculares.

En 1854 el arzobispo de Manila le nombró director del colegio de Santa Rosa y examinador sinodal del arzobispado.

³³ Obispo presentado por la reina Isabel II y preconizado por el Papa. Presentó la renuncia que le fue aceptada.

Aunque en 1873 le concedieron los honores de jubilación por tantos años como llevaba ejerciendo el cargo de predicador, continuo confesando y predicando sin cesar en la iglesia de San Agustín de Manila y en muchas otras, así de la ciudad como de todo el arzobispado. No había obra buena, asociación o reunión piadosa en que no tomase parte o figurase a la cabeza, tal fue una de las juntas de socorro para atender a las desgracias de la inundaciones que le nombraron su presidente.

Después obtuvo importantes puestos de prior vocal, definidor de la provincia y cura del gran pueblo de Pasig, donde estuvo hasta 1877, en que casi por unanimidad, fue electo prior provincial. Al ser elegido para tal cargo, su primer pensamiento fue dar cima al restablecimiento de las deseadas misiones en China. Consiguió sus esfuerzos enviando al Imperio el 22 de mayo de 1879 a los PP. Elías Suárez y Agustín Villanueva, para que se encargasen del vicariato de Hu-nan septentrional, que la Sagrada Congregación de Propaganda había ofrecido y que el Papa concedió a la Orden por Breve expedido en Roma el 12 de agosto de 1879.

El 17 de septiembre de 1879 el Gobierno de España, de acuerdo con los obispos y el capitán general de Filipinas, le presentó para el obispado de Nuevas Cáceres. Admitió el Papa esta presentación, pero el agraciado sintió tanto este honor que enfermó gravemente y estuvo a punto de morir. Renunció al episcopado, e insistió con tal eficacia en la renuncia, que al fin logró conseguir que se la admitieran.

Fr. Casimiro Herrero

Nació en Villameriel de Campos, provincia y obispado de Palencia, en el año 1824. De allí pasó a Valladolid, donde residió algunos años dedicado a los estudios, hasta que llamado por Dios la vida religiosa, recibió el hábito agustiniano en el colegio de Valladolid, donde hizo su profesión solemne el día 22 de mayo de 1848.

Destinado a Filipinas, llegó a Manila el día 2 de abril de 1851 en compañía de otros seis religiosos agustinos.

Después de aprender la lengua cebuana, fue durante algún tiempo prior del convento de esta ciudad, después administró los pueblos de Carcar, Opón y Naga sucesivamente algunos años, y el de Cagayan-

cillo en la isla de Panay en 1856, volviendo a Cebú en 1857 como cura de Argao. En el año 1859 le nombraron secretario de la Provincia y en el capítulo provincial de 1861 fue elegido procurador de la misma, cargo que desempeñó hasta 1867, siendo al mismo tiempo desde 1865, definidor. La primera vez que fue definidor aprobó la fundación del colegio de Santa María de la Vid.

Al renunciar en 1867 al oficio de procurador provincial, le dieron el curato de Pateros, en la provincia de Manila, en el cual solo permaneció dos años, porque en el capítulo de 1869 vino a España de procurador en la corte de Madrid y como comisario de los colegios de la Península. A pesar de ser tiempos muy convulsos, supo defender los intereses de la Provincia ante los gobernantes.

Concluido el cuatrienio volvió a Manila y le nombraron cura de Tondo, siendo elegido en el capítulo provincial de 1877 otra vez definidor, cuyo cargo ejercía cuando el 16 de julio de 1880, el Gobierno de España le presentó como obispo de Nueva Cáceres³⁴. El Papa lo preconizó por Breve Apostólico, y el 6 de febrero de 1881 fue consagrado en la iglesia San Agustín de Manila. Entró en su diócesis el 18 de febrero del mismo año.

Visitó todo el obispado en los años que gobernó su diócesis a pesar de su quebrantada salud y de los malos caminos que hay en aquella parte de la isla de Luzón, y cuando murió había comenzado la segunda visita.

Era de carácter bondadoso, complaciente y socorría muchas necesidades, especialmente de atender a las del Papa, a quien todos los años enviaba su correspondiente óbolo.

Estando de procurador en Madrid publicó en 1871 un librito titulado *Frutos que pueden dar las reformas en Filipinas*, es decir, de la gran prudencia que el Gobierno debe usar si intentase introducir reformas en aquellas islas. Y cuando ocurrió el motín de Cavite en 1872, imprimó otro escrito que se titulaba *Reseña que demuestra el fundamento*

³⁴ AGI, ULTRAMAR, 2406, N. 174. Minuta del título de obispo de Nueva Cáceres, en Filipinas, expedido a favor de Fr. Casimiro Herrero, comisario general que ha sido de la Orden de Agustinos Calzados de las Misiones de Asia. Año 1880.

y causas de la insurrección del 20 de enero en Filipinas. Y finalmente, publicó, aunque se ignora el autor, otra preciosa obra titulada *El capitán Juan*, en la cual se exponen las obligaciones y deberes de los indios de Filipinas hacia España, obra muy bien escrita.

Murió el 12 de noviembre de 1886 de una apoplejía fulminante, de la cual estaba amenazado desde 1880, y solo le daría tiempo necesario para confesarse y recibir los santos sacramentos.

Diócesis de Jaro³⁵

Fr. Andrés Ferrero de San José

Fr. Andrés nació en la ciudad de Arnedo, Logroño, el 30 de diciembre de 1846. En la misma ciudad natal estudió la primera y segunda enseñanza, y a los 18 años estudio en el colegio de los misioneros de Filipinas de los agustinos descalzos de Monteagudo, Navarra. Recibió el hábito recoleto el 21 de septiembre de 1864, e hizo su profesión de votos simples el 22 de septiembre de 1865, y trascurridos tres años, los votos solemnes. Los años de filosofía los hizo en mencionado colegio, y los de teología dogmática, moral y derecho canónico en el colegio de Marcilla. Todos los estudios los hizo con gran aprovechamiento y obtuvo en todos los cursos la nota de sobresaliente. Su comportamiento como religioso nada dejó que desear a sus superiores.

Prevía oposición a la cátedra de filosofía, mereció el título de lector. Pocos cursos desempeñó su cargo, porque empezó a sufrir un padecimiento de laringe, y para que no se agravara más, consideraron los superiores mandarle a Filipinas. Allí, completamente curado, desempeñó la cura de almas, mereciendo por su celo y excelente comportamiento en las parroquias donde estuvo, ser elegido prior vocal de Manila en el capítulo de 1885, ejerciendo a la vez de párroco de Pontevedra, pueblo de unas once mil almas, en la costa occidental de Negros.

En el capítulo de 1891 fue electo definidor de la Provincia. En el capítulo celebrado en Manila en el año 1894 fue elegido provincial de

³⁵ APAF, caja 1056, carpeta 4.

la Provincia de San Nicolás de Tolentino durante tres años, en los que con el triste motivo de la insurrección tagala tantas pérdidas sufriría la expresada provincia religiosa.

Después del capítulo de 1897 volvió a regentar la parroquia de Pontevedra, en donde le sorprendió la presentación de la Reina María Cristina, Regente de España, para la diócesis de Jaro. Como obispo poseyó celo apostólico, discreción y conocimiento de la lengua visaya, que era la de sus diocesanos.

Fr. Leandro Arrué

Fr. Leandro Arrué de San Nicolás de Tolentino nació en Calatayud el 13 de marzo de 1837. Allí estudio la primera y segunda enseñanza. Recibió el hábito agustiniano el 23 de junio de 1855. Terminados sus estudios, pasó a Filipinas, llegando a Manila en los primeros meses de 1860. Allí, aprendió el dialecto visaya y desempeñó la cura de almas varios años. Durante 1873 y 1876 fue procurador general en Manila. En el año 1879 fue nombrado prior del convento de Cebú; y del 1879 al 1882 fue prior provincial.

A petición del Conde de Tejada y Valdosera, ministro de Ultramar, fue propuesto por la reina para el obispado de Jaro, siendo consagrado en Manila el 30 de septiembre de 1885. Llegaría a ser condecorado con la Cruz de Isabel la Católica³⁶.

Murió el 24 de octubre de 1897.

CONCLUSIÓN

A través de este artículo he expuesto la formación de las primeras diócesis que existieron en el Archipiélago, así como los rasgos más significativos, tanto desde un punto de vista personal como pastoral, de los pastores agustinos que las rigieron, en la mayoría de los casos

³⁶ AGI, ULTRAMAR, 5304, expediente 48. El gobernador general de Filipinas propone a Fr. Leandro Arrué de San Nicolás de Tolentino, obispo de Jaro, para la gran Cruz de Isabel la Católica.

hombres muy doctos y adornados de gran celo apostólico que les movió a hacer grandes obras y a velar por el cuidado solícito de su pueblo. Sus vidas transparentaron la gran solicitud y deseo que la Orden de San Agustín manifestó por lograr la evangelización de Filipinas, pues sería el ejercicio de las virtudes llevado a cabo de manera intachable por estos prelados, las decisiones acertadas en las propuestas de presentación a diócesis vacantes, como su posterior aceptación, así como la infatigable labor de más de tres mil misioneros iniciados en el Real Colegio de Filipinos de Valladolid, quienes harían que el sueño se convirtiera en realidad. Realidad, que viene certificada, a la luz de los datos que nos revelan los documentos históricos, por el hecho de que en la vigilia de la independencia colonial la mayoría de los nativos ya habían recibido las aguas bautismales.

ISMAEL AREVALILLO GARCÍA, OSA